

PLAZA DOMINICAL

Miguel Angel Granados Chapa

Pro y contra del diálogo La riqueza de Arceo

Una creciente inmovilidad política se apodera de la sociedad mexicana. Hace una semana, en Morelos, casi nadie fue a votar, a pesar de que es verdad axiomática, o lugar común nada más quizá, que las elecciones municipales concitan el interés ciudadanos en mayor medida que ningunas otras. Se estima generalmente que el abstencionismo favorece al PRI, al que le basta ser la

PLAZA DOMINICAL

Viene de la 1

minoría menos pequeña para continuar en el control del gobierno, en todos sus niveles. Pero dentro del PRI mismo hay astenia electoral.

A pesar del enorme despliegue propagandístico desarrollado en Nuevo León, donde se montó un gran espectáculo, al modo de Broadway, para que se disimulara la preferencia presidencial por el candidato que, coincidentemente, triunfó en los comicios internos, los priístas no tomaron a pecho la función. Así, el domingo 17 menos de cincuenta mil votantes acudieron a las urnas y casi todos cumplieron la expectativa de escoger al alcalde de Monterrey. Y hoy, en Colima, el propio aparato partidista ha dado una demostración de realismo, al tener listas sólo sesenta mil boletas, no obstante que el padrón priísta contiene 102 mil nombres. Es seguro que sobrarán muchas papeletas, y por eso las casillas sólo estarán abiertas de nueve a trece horas.

Ni siquiera colocados en el peor cinismo podría nadie experimentar satisfacción, tranquilidad y mucho menos contento por el ausentismo electoral, dentro o fuera de los partidos. Se sabe que las elecciones tienen en la sociedad más de una función. No sólo contribuyen a la formación del gobierno. También constituyen un medio de calificación del poder, una manera de expresar el sentir público, y un desfogue a las sensaciones y actitudes menos racionales, de los ciudadanos, que subliman de esta manera convencional y civilizada los impulsos que de otro modo harían saltar la cohesión social si su acumulación no fuese evitada.

Cometería, pues, un grave error de cálculo político quien se dé de santos por la recuperación priísta de Morelos, o antes de México o Guerrero, entidades donde el voto opositor, cardenista, fue especialmente significativo en 1988. De semejante importancia sería la equivocación de quien paladee, a la vista de esos resultados, la derrota y caída de ese movimiento, tan a menudo cantada en las páginas de los varios diarios oficiales. Gran parte de la sociedad está descontenta, principalmente por la dureza de la vida material, pero también por el abuso que reduce a los ciudadanos a la impotencia. ¿Qué hacer, por ejemplo, ante el incremento de las tarifas eléctricas? En la mayor parte de los casos, los usuarios simplemente las pagarán, aunque como en mi propio caso, el incre-

mento sea muy superior al del ya desproporcionadísimo 300 por ciento denunciado por el Sindicato Mexicano de Electricistas (al que, otro motivo de irritación para muchos, sólo se le otorgó el 19 por ciento de incremento salarial, menos de la mitad del alza que había solicitado). Por cada peso que pagué en el bimestre anterior, deberé pagar once antes del cinco de abril. Y no hay ni para dónde hacerse. Me daría pavor acudir a la Procuraduría Federal del Consumidor.

Pero no es, obviamente, mi caso el que importa. Yo puedo pagar el equivalente a dos salarios mínimos por ver, en el Frontón México, el doble espectáculo de los pelotaris que se afanan en la cancha, y el del público bien trajeado (es obligatoria la corbata, que ya ni en la ópera es exigida) cuyo paisaje tal vez engaña a quienes miden por esa apariencia la situación nacional. Los que importan son los millones de mexicanos que no ven la suya, en el traicionero trabajo agrícola, en le rudo deambular de la economía clandestina, en el gris horizonte de los empleos burocráticos menores.

Otros mexicanos ven cómo se agrega el vituperio a la injuria. Extrañamente concertados (en su caso es un decir, en vista de la mano dura que lo caracteriza) por el secretario del Trabajo, Arsenio Farrell, prestadores de diversos servicios anunciaron el martes pasado su disposición a reducir hasta en veinte por ciento sus tarifas. Es decir, lo anunciaron las cámaras y asociaciones que agrupan a talleres automotrices, hospitales, baños públicos y balneario peluquerías y salones de belleza (o estéticas, como filosóficamente hoy se les llama a unas y otros), tintorerías y lavanderías. Difícilmente puede haber un sarcasmo mayor. La mayor parte de los establecimientos involucrados en ese falso acuerdo son pequeños negocios familiares, de mala muerte, en que apenas se gana para ir tirando, a menudo con explotación de mano de obra aun más pobre. Ninguna señal en el panorama económico indica que les sea posible esta reducción de tarifas. Por lo tanto, o es un repulsivo acto demagógico del gobierno y espurios representantes (o débiles representantes, pues más de uno declaró que no tuvieron más remedio que firmar dicha "concertación"), o es el anuncio de acciones represivas contra los prestadores de servicios como esos, que no bajen sus precios porque simplemente no pueden hacerlo.

Anotemos entre los que, si lo hicieron antes, no votarán por el PRI y quizá por nadie, abrumados por la avasalladora impertinencia gubernamental, a los trabajadores petroleros de Azcapotzalco eliminados por la radical orden presidencial de cerrar (esa misma tarde, se dijo perentoriamente; o bueno, en las próximas semanas, según se recapacitó después) la refinería 18 de marzo. No hay contradicción alguna en aplaudir la clausura y deplorar el modo laboral, aunque la merezca un sindicato que baila al son que le tocan.

Muchos, pues, son los ciudadanos que no votan, ni en las elecciones constitucionales ni en las internas del PRI. No podemos esperar que su marginalidad en la vida económica o laboral se convierta en protagonismo electoral. Pero no podemos construir sobre su abstencionismo una democracia de pocos. No podemos simplemente por una cuestión de equilibrio: la de la participación política es una pirámide invertida, con el vértice hacia abajo, al revés de la que manifiesta la distribución del ingreso. Esta es muy ancha de abajo y se aguza conforme se sube. La de la participación política en cambio se afila hacia abajo y aunque haga prodigios de equilibrio, el peso muerto de sus capas superiores acabará por inclinarla hasta caer.

Eso no quita, por supuesto, relevancia al quehacer de los protagonistas políticos, y menos aún en un año pródigo en acontecimientos electorales. Entre los agentes más activos de la política, un tema ineludible en estos días es el del diálogo, especialmente entre quienes militan en los dos partidos más enconadamente enfrentados, el PRI y el PRD. Sacudimiento semejante aunque, hay que decirlo, menor, al del provocado por la visita del senador Porfirio Muñoz Ledo a Los Pinos, para un encuentro con el Presidente Salinas el 11 de febrero, causó el sostenido entre el regente de la ciudad Manuel Camacho, y el comité capitalino perredista, encabezado por don Heberto Castillo, ocurrido el 15 de marzo. Quienes participan en el diálogo ganan tantos aplausos como denuestos. A Camacho se le acusa de *concertacionista*, es decir, de confundir la concertación con las meras concesiones. Pero también se le acusa de no jugar limpio con la oposición y de tratar de engañarla y dividirla.

Malo sería el diálogo si a él se redujera toda la actividad política, y si al encontrarse para hablar, las partes depusieran sus posiciones, y deslealmente

olvidaran a sus representados para obtener beneficios propios. Nada de eso ha sucedido en los encuentros referidos, que por otra parte se inscriben en la línea de acción más racional y más eficaz. De eso darán fe, dentro de no mucho, los miembros del sindicato magisterial, que a mediados de esta semana dieron un colosal paso adelante en la construcción de un nuevo estilo de relaciones internas. Sin duda, el comunicado conjunto suscrito por dos corrientes principalísimas dentro del SNTE (su comité nacional y la disidencia de izquierda), puede ser criticado, y no faltarán suspicacias a su alrededor. Pero es un ejemplo de acuerdo político, en que se reconocen diferencias y concordancias y se plantea una estrategia de lucha en común.

El retiro táctico de las secciones que, salvo la Nueve, forman el corazón orgánico de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación, no es una derrota política, ni menos un abandono de sus exigencias. Al contrario, éstas son ahora expresamente compartidas, en un documento firmado por ambas partes, por el comité nacional del SNTE. Este a su vez consiguió evitar el paralelismo sindical que desgasta a todos, porque no conduce a puerto alguno, al menos dentro del gremio magisterial hoy.

Dejo para lo último un par de aclaraciones, relativas a sendas informaciones sobre la sucesión gubernamental en Campeche. El jueves 14 escribí que el gobierno del estado había ordenado la inserción de una gacetilla pagada destinada a inhibir, sin resultado según se vio pronto, la candidatura de Jorge Salomón Azar. Preciso ahora: nunca dije que lo hubiera hecho el gobernador. No lo hizo. Quien remitió la orden de inserción es el señor Ambrosio Gutiérrez Pérez, que es director prensa de la legislatura local, uno de los tres poderes del estado de Campeche. Su jefe, el líder de esa cámara, Alvaro Arceo, me reprocha en una carta el que, el jueves 21, me haya referido a él como una persona "muy rica". Me ruega, hartado como dice estar de que se le atribuya una enorme riqueza que dice no poseer, que le proporcione "las bases, que adivino veraces y sólidas" de esa calidad de persona adinerada. Lo haré. No ya en el brevísimo espacio de esta columna, que toca a su fin, sino en el necesario para que la exposición sea tan amplia como el tema, lo amerita.